



02

diciembre

Domingo I de Adviento
(Ciclo C) – 2018

1. TEXTOS LITÚRGICOS

1.a LECTURAS

Haré brotar para David un germen justo

Lectura del libro del profeta Jeremías 33, 14-16

Llegarán los días -oráculo del Señor- en que yo cumpliré la promesa que pronuncié acerca de la casa de Israel y la casa de Judá:

En aquellos días y en aquel tiempo, haré brotar para David un germen justo, y él practicará la justicia y el derecho en el país.

En aquellos días, estará a salvo Judá y Jerusalén habitará segura. Y la llamarán así: «El Señor es nuestra justicia.»

Palabra de Dios.

SALMO 24, 4-5a 8-9. 10. 14

R. *A tí, Señor, elevo mi alma.*

Muéstrame, Señor, tus caminos,
enséñame tus senderos.

Guíame por el camino de tu fidelidad;
enséñame, porque tú eres mi Dios y mi salvador. **R.**

El Señor es bondadoso y recto:
por eso muestra el camino a los extraviados;
él guía a los humildes para que obren rectamente
y enseña su camino a los pobres. **R.**

Todos los senderos del Señor son amor y fidelidad,
para los que observan los preceptos de su alianza.
El Señor da su amistad a los que lo temen
y les hace conocer su alianza. **R.**

*Que el Señor fortalezca vuestros corazones
para el día de la venida del Señor Jesús*

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Tesalónica. 3, 12-4, 2

Hermanos:

Que el Señor los haga crecer cada vez más en el amor mutuo y hacia todos los demás, semejante al que nosotros tenemos por ustedes. Que él fortalezca sus corazones en la santidad y los haga irreprochables delante de Dios, nuestro Padre, el Día de la Venida del Señor Jesús con todos sus santos.

Por lo demás, hermanos, les rogamos y les exhortamos en el Señor Jesús, que vivan conforme a lo que han aprendido de nosotros sobre la manera de comportarse para agradar a Dios. De hecho, ustedes ya viven así: hagan mayores progresos todavía. Ya conocen las instrucciones que les he dado en nombre del Señor Jesús.

Palabra de Dios.

ALELUIA Sal 84, 8

Aleluia.

¡Manifiéstanos, Señor, tu misericordia
y danos tu salvación!

Aleluia.

EVANGELIO

Está por llegar la liberación

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Lucas 21, 25-28. 34-36

Jesús dijo a sus discípulos:

«Habrà señales en el sol, en la luna y en las estrellas; y en la tierra, los pueblos serán presa de la angustia ante el rugido del mar y la violencia de las olas. Los hombres desfallecerán de miedo por lo que sobrevendrá al mundo, porque los astros se conmoverán. Entonces se verá al Hijo del hombre venir sobre una nube, lleno de poder y de gloria.

«Cuando comience a suceder esto, tengan ánimo y levanten la cabeza, porque está por llegarles la liberación.»

Tengan cuidado de no dejarse aturdir por los excesos, la embriaguez y las preocupaciones de la vida, para que ese día no caiga de improviso sobre ustedes como una trampa, porque sobrevendrá a todos los hombres en toda la tierra.

Estén prevenidos y oren incesantemente, para quedar a salvo de todo lo que ha de ocurrir. Así podrán comparecer seguros ante del Hijo del hombre.»

Palabra del Señor.

1.b GUIÓN PARA LA MISA

Guion Domingo I de Adviento (C)

(Domingo 2 de diciembre de 2018)

Entrada:

La Iglesia celebra hoy el primer domingo del Tiempo de Adviento. Con el domingo de hoy comienza un nuevo año litúrgico y, al mismo tiempo, la preparación para la Navidad, es decir, la preparación para la venida del Hijo de Dios hecho hombre y nacido pobre en Belén. Participemos diligentemente de esta Santa Misa para preparar convenientemente nuestros corazones para la llegada de Cristo en la Navidad.

Primera Lectura:

Jr 33,14-16

Dios hará brotar para David un germen justo, para salvar a Judá y para seguridad de Jerusalén.

Salmo 24

Segunda Lectura:

1 Ts 3,12 - 4,2

El Apóstol san Pablo nos estimula a crecer cada vez más en el amor fraterno para que la venida del Señor nos encuentre irreprochables.

Evangelio:

Lc 21,25-28.34-36

Nuestro Señor nos exhorta a estar prevenidos y a orar incesantemente aguardando la liberación.

Preces:

Al iniciar un nuevo tiempo litúrgico, oremos con confianza al Señor que anuncia su venida.

A cada intención respondemos cantando:

* Juez del mundo, que estás a la puerta y llamas, ilumina al Papa y a los obispos para que sepan preparar a la grey que tú les encomendaste para que puedan recibirte como al Buen el Buen Pastor que las apacienta y las conduce hacia el cielo. Oremos.

* Salvador del Universo te pedimos por todos los que gobiernan nuestra patria para que, ante la revelación de Dios que se encarna y nace como un frágil Niño, despierten sus conciencias ante el deber de defender y tutelar los derechos inalienables de cada ser humano. Oremos.

* Señor nuestro, que quisiste redimirnos haciéndote niño en el seno de una Virgen, te pedimos que este tiempo de penitencia nos ayude a despojarnos de todo aquello que desdice nuestra condición de hijos tuyos y discípulos de tu Hijo. Oremos.

* Rey pacífico, que quisiste expresamente fuese anunciada la paz a los hombres en el misterio de tu nacimiento, derrama abundantemente este don sobre la Iglesia y el mundo entero. Oremos.

* Redentor de nuestras almas, mira con piedad a todos los que sufren en el cuerpo o en el espíritu, para que sean fortalecidos por la consoladora esperanza de tu venida gloriosa. Oremos.

Señor Jesucristo, que nos llamas a orar incesantemente; ayúdanos en nuestras necesidades y fortalécenos en la esperanza del encuentro definitivo contigo; Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Ofertorio:

Mientras esperamos la venida de Cristo, celebramos la Eucaristía ofreciéndonos a nosotros mismos como hostias junto a la Hostia Santa.

Ofrecemos:

- **Alimentos** para los más pobres, verdaderos poseedores del Reino de los Cielos.
- **Pan y vino**, con la certeza de que Cristo se hará presente en el Altar.

Comunión:

Que en esta Santa Comunión nos concedan la Virgen y San José preparar una morada cada vez mas pura y digan del Rey de los cielos hecho Niño por nuestro amor.

Salida:

Después de haber participado de la mesa del Pan y de la Palabra que nos llenó de alegría, vayamos al mundo a preparar en la esperanza la venida de Cristo en la Navidad.

(Gentileza del Monasterio "Santa Teresa de los Andes" (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

Nota litúrgica

Como sabemos, el calendario litúrgico está organizado según tres Ciclos, Ciclo A, Ciclo B y Ciclo C. Y en cada uno de estos Ciclos se lee de manera semi-continua un evangelista sinóptico: Mateo para el Ciclo A, Marcos para el Ciclo B y Lucas para el Ciclo C. Este año litúrgico (2018 – 2019), que comienza con este Primer Domingo del Tiempo de Adviento (2 de diciembre de 2018), corresponde al Ciclo C, y por lo tanto se leerá de manera semi-continua el Evangelio según San Lucas.

Presentamos aquí lo que dicen las *Prenotanda* del Leccionario Romano respecto al tiempo de Adviento.

“1. Tiempo de Adviento

“a) Domingos

“93. Las lecturas del Evangelio tienen una característica propia: se refieren a la venida del Señor al final de los tiempos (primer domingo), a Juan Bautista (segundo y tercer domingo), a los acontecimientos que prepararon de cerca el nacimiento del Señor (cuarto domingo). Las lecturas del Antiguo Testamento son profecías sobre el Mesías y el tiempo mesiánico, tomadas principalmente del libro de Isaías. Las lecturas del Apóstol contienen exhortaciones y enseñanzas relativas a las diversas características de este tiempo.

“b) Ferias

“94. Hay dos series de lecturas, una desde el principio hasta el día 16 de diciembre, la otra desde el día 17 al 24. En la primera parte del Adviento se lee el libro de Isaías, siguiendo el orden mismo del libro, sin excluir aquellos fragmentos más importantes que se leen también en los domingos. Los Evangelios de estos días están relacionados con la primera lectura. Desde el jueves de la segunda semana comienzan las lecturas del Evangelio sobre Juan Bautista; la primera lectura es, o bien una continuación del libro de Isaías, o bien un texto relacionado con el Evangelio. En la última semana antes de Navidad, se leen los acontecimientos que prepararon de inmediato el nacimiento del Señor, tomados del Evangelio de san Mateo (cap. 1) y de san Lucas (cap. 2). En la primera lectura se han seleccionado algunos textos de diversos libros del Antiguo Testamento, teniendo en cuenta el Evangelio del día, entre los que se encuentran algunos vaticinios mesiánicos de gran importancia.” (*Prenotanda*, n° 93-94)

Recordamos, asimismo, una recomendación de los *Prenotanda*: “Se recomienda mucho la predicación de la homilía en las ferias de Adviento, de Cuaresma y del tiempo pascual, en bien de los fieles que participan ordinariamente en la celebración de la Misa; y también en otras fiestas y ocasiones en las que hay mayor asistencia de fieles en la iglesia.” (*Prenotanda*, n° 25)

Nota pastoral

“En el tiempo de Adviento, con el que se inicia el ciclo litúrgico de Navidad y con el cual comienza un nuevo año litúrgico, el pueblo de Dios que peregrina en el tiempo redescubre la tensión entre la primera venida histórica de Jesucristo y la segunda que acontecerá, de modo glorioso, al fin de los tiempos.

“La espiritualidad del Adviento encamina a los cristianos a profundizar la perspectiva escatológica de la vida, a la vez que prepara a la Iglesia para conmemorar la venida histórica del Redentor, celebrada en cada Navidad. El primer aspecto señalado, con su carácter de fuerte llamada a vivir vigilantes y a prepararse siempre, se destaca más claramente en los primeros días del tiempo de Adviento, mientras que la consideración de los acontecimientos históricos que rodearon el nacimiento de Jesús quedan reservados para los últimos días, las llamadas ‘ferias fuertes’ de Adviento.

“El trasfondo de este tiempo es el de la esperanza y la alegría cristianas. Éstas se apoyan en la certeza de que ‘el que ha de venir’ ya llega (Mt 11,3; Lc 7,19-20), y con él, el advenimiento del cielo nuevo y de la tierra nueva. Las dos expresiones más habituales de la esperanza escatológica cristiana son la petición ‘venga a

nosotros tu Reino' del Padrenuestro, y la aclamación 'Ven, Señor Jesús' inmediata a la consagración en la Plegaria eucarística"

(CALENDARIO LITÚRGICO, *Tiempo de Adviento. Reflexiones pastorales*, Conferencia Episcopal Argentina, Buenos Aires, 2017 – 2018, p. 158 - 159)

Párrafos del Catecismo de la Iglesia Católica sugeridos por el Directorio Homilético

Primer domingo de Adviento (C)

CEC 668-677, 769: la tribulación final y la venida de Cristo en gloria

CEC 451, 671, 1130, 1403, 2817: "¡Ven, Señor Jesús!"

CEC 439, 496, 559, 2616: Jesús es el Hijo de David

CEC 207, 210-214, 270, 1062-1063: Dios es fiel y misericordioso

I VOLVERÁ EN GLORIA

Cristo reina ya mediante la Iglesia ...

668 "Cristo murió y volvió a la vida para eso, para ser Señor de muertos y vivos" (Rm 14, 9). La Ascensión de Cristo al Cielo significa su participación, en su humanidad, en el poder y en la autoridad de Dios mismo. Jesucristo es Señor: Posee todo poder en los cielos y en la tierra. El está "por encima de todo Principado, Potestad, Virtud, Dominación" porque el Padre "bajo sus pies sometió todas las cosas"(Ef 1, 20-22). Cristo es el Señor del cosmos (cf. Ef 4, 10; 1 Co 15, 24. 27-28) y de la historia. En él, la historia de la humanidad e incluso toda la Creación encuentran su recapitulación (Ef 1, 10), su cumplimiento trascendente.

669 Como Señor, Cristo es también la cabeza de la Iglesia que es su Cuerpo (cf. Ef 1, 22). Elevado al cielo y glorificado, habiendo cumplido así su misión, permanece en la tierra en su Iglesia. La Redención es la fuente de la autoridad que Cristo, en virtud del Espíritu Santo, ejerce sobre la Iglesia (cf. Ef 4, 11-13). "La Iglesia, o el reino de Cristo presente ya en misterio", "constituye el germen y el comienzo de este Reino en la tierra" (LG 3;5).

670 Desde la Ascensión, el designio de Dios ha entrado en su consumación. Estamos ya en la "última hora" (1 Jn 2, 18; cf. 1 P 4, 7). "El final de la historia ha llegado ya a nosotros y la renovación del mundo está ya decidida de manera irrevocable e incluso de alguna manera real está ya por anticipado en este mundo. La Iglesia, en efecto, ya en la tierra, se caracteriza por una verdadera santidad, aunque todavía imperfecta" (LG 48). El Reino de Cristo manifiesta ya su presencia por los signos milagrosos (cf. Mc 16, 17-18) que acompañan a su anuncio por la Iglesia (cf. Mc 16, 20).

... esperando que todo le sea sometido

671 El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, sin embargo, no está todavía acabado "con gran poder y gloria" (Lc 21, 27; cf. Mt 25, 31) con el advenimiento del Rey a la tierra. Este Reino aún es objeto de los ataques de los poderes del mal (cf. 2 Te 2, 7) a pesar de que estos poderes hayan sido vencidos en su raíz por la Pascua de Cristo. Hasta que todo le haya sido sometido (cf. 1 Co 15, 28), y "mientras no haya nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia, la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, la imagen de este mundo que pasa. Ella misma vive entre las criaturas que gimen en dolores de parto hasta ahora y que esperan la manifestación de los hijos de Dios" (LG 48). Por esta razón los cristianos piden, sobre todo en la Eucaristía (cf. 1 Co 11, 26), que se apresure el retorno de Cristo (cf. 2 P 3, 11-12) cuando suplican: "Ven, Señor Jesús" (cf. 1 Co 16, 22; Ap 22, 17-20).

672 Cristo afirmó antes de su Ascensión que aún no era la hora del establecimiento glorioso del Reino mesiánico esperado por Israel (cf. Hch 1, 6-7) que, según los profetas (cf. Is 11, 1-9), debía traer a todos los hombres el orden definitivo de la justicia, del amor y de la paz. El tiempo presente, según el Señor, es el tiempo del Espíritu y del testimonio (cf. Hch 1, 8), pero es también un tiempo marcado todavía por la "tristeza" (1 Co 7, 26) y la prueba del mal (cf. Ef 5, 16) que afecta también a la Iglesia (cf. 1 P 4, 17) e inaugura los combates de los últimos días (1 Jn 2, 18; 4, 3; 1 Tm 4, 1). Es un tiempo de espera y de vigilia (cf. Mt 25, 1-13; Mc 13, 33-37).

El glorioso advenimiento de Cristo, esperanza de Israel

673 Desde la Ascensión, el advenimiento de Cristo en la gloria es inminente (cf. Ap 22, 20) aun cuando a nosotros no nos "toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad" (Hch 1, 7; cf. Mc 13, 32). Este advenimiento escatológico se puede cumplir en cualquier momento (cf. Mt 24, 44: 1 Te 5, 2), aunque tal acontecimiento y la prueba final que le ha de preceder estén "retenidos" en las manos de Dios (cf. 2 Te 2, 3-12).

674 La Venida del Mesías glorioso, en un momento determinado de la historia se vincula al reconocimiento del Mesías por "todo Israel" (Rm 11, 26; Mt 23, 39) del que "una parte está endurecida" (Rm 11, 25) en "la incredulidad" respecto a Jesús (Rm 11, 20). San Pedro dice a los judíos de Jerusalén después de Pentecostés: "Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación y envíe al Cristo que os había sido destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de que Dios habló por boca de sus profetas" (Hch 3, 19-21). Y San Pablo le hace eco: "si su reprobación ha sido la reconciliación del mundo ¿qué será su readmisión sino una resurrección de entre los muertos?" (Rm 11, 5). La entrada de "la plenitud de los judíos" (Rm 11, 12) en la salvación mesiánica, a continuación de "la plenitud de los gentiles" (Rm 11, 25; cf. Lc 21, 24), hará al Pueblo de Dios "llegar a la plenitud de Cristo" (Ef 4, 13) en la cual "Dios será todo en nosotros" (1 Co 15, 28).

La última prueba de la Iglesia

675 Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes (cf. Lc 18, 8; Mt 24, 12). La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra (cf. Lc 21, 12; Jn 15, 19-20) desvelará el "Misterio de iniquidad" bajo la forma de una impostura religiosa que proporcionará a los hombres una solución aparente a sus problemas mediante el precio de la apostasía de la verdad. La impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un pseudo-mesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en la carne (cf. 2 Te 2, 4-12; 1 Te 5, 2-3; 2 Jn 7; 1 Jn 2, 18.22).

676 Esta impostura del Anticristo aparece esbozada ya en el mundo cada vez que se pretende llevar a cabo la esperanza mesiánica en la historia, lo cual no puede alcanzarse sino más allá del tiempo histórico a través del juicio escatológico: incluso en su forma mitigada, la Iglesia ha rechazado esta falsificación del Reino futuro con el nombre de milenarismo (cf. DS 3839), sobre todo bajo la forma política de un mesianismo secularizado, "intrínsecamente perverso" (cf. Pío XI, "Divini Redemptoris" que condena el "falso misticismo" de esta "falsificación de la redención de los humildes"; GS 20-21).

677 La Iglesia sólo entrará en la gloria del Reino a través de esta última Pascua en la que seguirá a su Señor en su muerte y su Resurrección (cf. Ap 19, 1-9). El Reino no se realizará, por tanto, mediante un triunfo histórico de la Iglesia (cf. Ap 13, 8) en forma de un proceso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal (cf. Ap 20, 7-10) que hará descender desde el Cielo a su Esposa (cf. Ap 21, 2-4). El triunfo de Dios sobre la rebelión del mal tomará la forma de Juicio final (cf. Ap 20, 12) después de la última sacudida cósmica de este mundo que pasa (cf. 2 P 3, 12-13).

769 La Iglesia "sólo llegará a su perfección en la gloria del cielo" (LG 48), cuando Cristo vuelva glorioso. Hasta ese día, "la Iglesia avanza en su peregrinación a través de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios" (San Agustín, civ. 18, 51;cf. LG 8). Aquí abajo, ella se sabe en exilio, lejos del Señor (cf. 2Co 5, 6; LG 6), y aspira al advenimiento pleno del Reino, "y espera y desea con todas sus fuerzas reunirse con su Rey en la gloria" (LG 5). La consumación de la Iglesia en la gloria, y a través de ella la del mundo, no sucederá sin grandes pruebas. Solamente entonces, "todos los justos desde Adán, `desde el justo Abel hasta el último de los elegidos' se reunirán con el Padre en la Iglesia universal" (LG 2).

451 La oración cristiana está marcada por el título "Señor", ya sea en la invitación a la oración "el Señor esté con vosotros", o en su conclusión "por Jesucristo nuestro Señor" o incluso en la exclamación llena de confianza y de esperanza: "Maran atha" ("¡el Señor viene!") o "Maran atha" ("¡Ven, Señor!") (1 Co 16, 22): "¡Amén! ¡ven, Señor Jesús!" (Ap 22, 20).

... esperando que todo le sea sometido

671 El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, sin embargo, no está todavía acabado "con gran poder y gloria" (Lc 21, 27; cf. Mt 25, 31) con el advenimiento del Rey a la tierra. Este Reino aún es objeto de los ataques de los poderes del mal (cf. 2 Te 2, 7) a pesar de que estos poderes hayan sido vencidos en su raíz por la Pascua de Cristo. Hasta que todo le haya sido sometido (cf. 1 Co 15, 28), y "mientras no haya nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia, la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, la imagen de este mundo que pasa. Ella misma vive entre las criaturas que gimen en dolores de parto hasta ahora y que esperan la manifestación de los hijos de Dios" (LG 48). Por esta razón los cristianos piden, sobre todo en la Eucaristía (cf. 1 Co 11, 26), que se apresure el retorno de Cristo (cf. 2 P 3, 11-12) cuando suplican: "Ven, Señor Jesús" (cf. 1 Co 16, 22; Ap 22, 17-20).

V LOS SACRAMENTOS DE LA VIDA ETERNA

1130 La Iglesia celebra el Misterio de su Señor "hasta que él venga" y "Dios sea todo en todos" (1 Co 11,26; 15,28). Desde la era apostólica, la Liturgia es atraída hacia su término por el gemido del Espíritu en la Iglesia: "¡Marana tha!" (1 Co 16,22). La liturgia participa así en el deseo de Jesús: "Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros...hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios" (Lc 22,15-16). En los sacramentos de Cristo, la Iglesia recibe ya las arras de su herencia, participa ya en la vida eterna, aunque "aguardando la feliz esperanza y la manifestación de la gloria del Gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo" (Tt 2,13). "El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven!...¡Ven, Señor Jesús!" (Ap 22,17.20).

S. Tomás resume así las diferentes dimensiones del signo sacramental: "Unde sacramentum est signum rememorativum eius quod praecessit, scilicet passionis Christi; et desmonstrativum eius quod in nobis efficitur per Christi passionem, scilicet gratiae; et prognosticum, id est, praenuntiativum futurae gloriae" ("Por eso el sacramento es un signo que rememora lo que sucedió, es decir, la pasión de Cristo; es un signo que demuestra lo que sucedió entre nosotros en virtud de la pasión de Cristo, es decir, la gracia; y es un signo que anticipa, es decir, que preanuncia la gloria venidera", STh III, 60,3).)

1403 En la última cena, el Señor mismo atrajo la atención de sus discípulos hacia el cumplimiento de la Pascua en el reino de Dios: "Y os digo que desde ahora no beberé de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros, de nuevo, en el Reino de mi Padre" (Mt 26,29; cf. Lc 22,18; Mc 14,25). Cada vez que la Iglesia celebra la Eucaristía recuerda esta promesa y su mirada se dirige hacia "el que viene" (Ap 1,4). En su oración, implora su venida: "Maran atha" (1 Co 16,22), "Ven, Señor Jesús" (Ap 22,20), "que tu gracia venga y que este mundo pase" (Didaché 10,6).

2817 Esta petición es el "Marana Tha", el grito del Espíritu y de la Esposa: "Ven, Señor Jesús":

Incluso aunque esta oración no nos hubiera mandado pedir el advenimiento del Reino, habríamos tenido que expresar esta petición, dirigiéndonos con premura a la meta de nuestras esperanzas. Las almas de los mártires, bajo el altar, invocan al Señor con grandes gritos: '¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia por nuestra sangre a los habitantes de la tierra?' (Ap 6, 10). En efecto, los mártires deben alcanzar la justicia al fin de los tiempos. Señor, ¡apresura, pues, la venida de tu Reino! (Tertuliano, or. 5).

439 Numerosos judíos e incluso ciertos paganos que compartían su esperanza reconocieron en Jesús los rasgos fundamentales del mesiánico "hijo de David" prometido por Dios a Israel (cf. Mt 2, 2; 9, 27; 12, 23; 15, 22; 20, 30; 21, 9. 15). Jesús aceptó el título de Mesías al cual tenía derecho (cf. Jn 4, 25-26; 11, 27), pero no sin reservas porque una parte de sus contemporáneos lo comprendían según una concepción demasiado humana (cf. Mt 22, 41-46), esencialmente política (cf. Jn 6, 15; Lc 24, 21).

La virginidad de María

496 Desde las primeras formulaciones de la fe (cf. DS 10-64), la Iglesia ha confesado que Jesús fue concebido en el seno de la Virgen María únicamente por el poder del Espíritu Santo, afirmando también el aspecto corporal de este suceso: Jesús fue concebido "absque semine ex Spiritu Sancto" (Cc Letrán, año 649; DS 503), esto es, sin elemento humano, por obra del Espíritu Santo. Los Padres ven en la concepción virginal el signo de que es verdaderamente el Hijo de Dios el que ha venido en una humanidad como la nuestra:

Así, S. Ignacio de Antioquía (comienzos del siglo II): "Estáis firmemente convencidos acerca de que nuestro Señor es verdaderamente de la raza de David según la carne (cf. Rm 1, 3), Hijo de Dios según la voluntad y el poder de Dios (cf. Jn 1, 13), nacido verdaderamente de una virgen, ...Fue verdaderamente clavado por nosotros en su carne bajo Poncio Pilato ... padeció verdaderamente, como también resucitó verdaderamente" (Smyrn. 1-2).

La entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén

559 ¿Cómo va a acoger Jerusalén a su Mesías? Jesús rehuyó siempre las tentativas populares de hacerle rey (cf. Jn 6, 15), pero elige el momento y prepara los detalles de su entrada mesiánica en la ciudad de "David, su Padre" (Lc 1,32; cf. Mt 21, 1-11). Es aclamado como hijo de David, el que trae la salvación ("Hosanna" quiere decir "¡sálvanos!", "Danos la salvación!"). Pues bien, el "Rey de la Gloria" (Sal 24, 7-10) entra en su ciudad "montado en un asno" (Za 9, 9): no conquista a la hija de Sión, figura de su Iglesia, ni por la astucia ni por la violencia, sino por la humildad que da testimonio de la Verdad (cf. Jn 18, 37). Por eso los súbditos de su Reino, aquel día fueron los niños (cf. Mt 21, 15-16; Sal 8, 3) y los "pobres de Dios", que le aclamaban como los ángeles lo anunciaron a los pastores (cf. Lc 19, 38; 2, 14). Su aclamación "Bendito el que viene en el nombre del Señor" (Sal 118, 26), ha sido recogida por la Iglesia en el "Sanctus" de la liturgia eucarística para introducir al memorial de la Pascua del Señor.

Jesús escucha la oración

2616 La oración a Jesús ya ha sido escuchada por él durante su ministerio, a través de los signos que anticipan el poder de su muerte y de su resurrección: Jesús escucha la oración de fe expresada en palabras (el leproso: cf. Mc 1, 40-41; Jairo: cf. Mc 5, 36; la cananea: cf. Mc 7, 29; el buen ladrón: cf. Lc 23, 39-43), o en silencio (los portadores del paralítico: cf. Mc 2, 5; la hemorroísa que toca su vestido: cf. Mc 5, 28; las lágrimas y el perfume de la pecadora: cf. Lc 7, 37-38). La petición apremiante de los ciegos: "¡Ten piedad

de nosotros, Hijo de David!" (Mt 9, 27) o "¡Hijo de David, ten compasión de mí!" (Mc 10, 48) ha sido recogida en la tradición de la Oración a Jesús: "¡Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Señor, ten piedad de mí, pecador!" Curando enfermedades o perdonando pecados, Jesús siempre responde a la plegaria que le suplica con fe: "Ve en paz, ¡tu fe te ha salvado!".

San Agustín resume admirablemente las tres dimensiones de la oración de Jesús: "Orat pro nobis ut sacerdos noster, orat in nobis ut caput nostrum, oratur a nobis ut Deus noster. Agnoscamus ergo et in illo voces nostras et voces eius in nobis" ("Ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como cabeza nuestra; a El dirige nuestra oración como a Dios nuestro. Reconozcamos, por tanto, en El nuestras voces; y la voz de El, en nosotros", Sal 85, 1; cf IGLH 7).

207 Al revelar su nombre, Dios revela, al mismo tiempo, su fidelidad que es de siempre y para siempre, valedera para el pasado ("Yo soy el Dios de tus padres", Ex 3,6) como para el porvenir ("Yo estaré contigo", Ex 3,12). Dios que revela su nombre como "Yo soy" se revela como el Dios que está siempre allí, presente junto a su pueblo para salvarlo.

"Dios misericordioso y clemente"

210 Tras el pecado de Israel, que se apartó de Dios para adorar al becerro de oro (cf. Ex 32), Dios escucha la intercesión de Moisés y acepta marchar en medio de un pueblo infiel, manifestando así su amor (cf. Ex 33,12-17). A Moisés, que pide ver su gloria, Dios le responde: "Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad (belleza) y pronunciaré delante de ti el nombre de YHWH" (Ex 33,18-19). Y el Señor pasa delante de Moisés, y proclama: "YHWH, YHWH, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad" (Ex 34,5-6). Moisés confiesa entonces que el Señor es un Dios que perdona (cf. Ex 34,9).

211 El Nombre Divino "Yo soy" o "El es" expresa la fidelidad de Dios que, a pesar de la infidelidad del pecado de los hombres y del castigo que merece, "mantiene su amor por mil generaciones" (Ex 34,7). Dios revela que es "rico en misericordia" (Ef 2,4) llegando hasta dar su propio Hijo. Jesús, dando su vida para librarnos del pecado, revelará que él mismo lleva el Nombre divino: "Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo soy" (Jn 8,28)

Solo Dios ES

212 En el transcurso de los siglos, la fe de Israel pudo desarrollar y profundizar las riquezas contenidas en la revelación del Nombre divino. Dios es único; fuera de él no hay dioses (cf. Is 44,6). Dios trasciende el mundo y la historia. El es quien ha hecho el cielo y la tierra: "Ellos perecen, mas tú quedas, todos ellos como la ropa se desgastan...pero tú siempre el mismo, no tienen fin tus años" (Sal 102,27-28). En él "no hay cambios ni sombras de rotaciones" (St 1,17). El es "El que es", desde siempre y para siempre y por eso permanece siempre fiel a sí mismo y a sus promesas.

213 Por tanto, la revelación del Nombre inefable "Yo soy el que soy" contiene la verdad que sólo Dios ES. En este mismo sentido, ya la traducción de los Setenta y, siguiéndola, la Tradición de la Iglesia han entendido el Nombre divino: Dios es la plenitud del Ser y de toda perfección, sin origen y sin fin. Mientras todas las criaturas han recibido de él todo su ser y su poseer. El solo es su ser mismo y es por sí mismo todo lo que es.

III DIOS, "EL QUE ES", ES VERDAD Y AMOR

214 Dios, "El que es", se reveló a Israel como el que es "rico en amor y fidelidad" (Ex 34,6). Estos dos términos expresan de forma condensada las riquezas del Nombre divino. En todas sus obras, Dios muestra su benevolencia, su bondad, su gracia, su amor; pero también su fiabilidad, su constancia, su fidelidad, su

verdad. "Doy gracias a tu nombre por tu amor y tu verdad" (Sal 138,2; cf. Sal 85,11). El es la Verdad, porque "Dios es Luz, en él no hay tiniebla alguna" (1 Jn 1,5); él es "Amor", como lo enseña el apóstol Juan (1 Jn 4,8).

270 La omnipotencia divina no es en modo alguno arbitraria: "En Dios el poder y la esencia, la voluntad y la inteligencia, la sabiduría y la justicia son una sola cosa, de suerte que nada puede haber en el poder divino que no pueda estar en la justa voluntad de Dios o en su sabia inteligencia" (S. Tomás de A., s.th. 1,25,5, ad 1).

1062 En hebreo, "Amén" pertenece a la misma raíz que la palabra "creer". Esta raíz expresa la solidez, la fiabilidad, la fidelidad. Así se comprende por qué el "Amén" puede expresar tanto la fidelidad de Dios hacia nosotros como nuestra confianza en El.

1063 En el profeta Isaías se encuentra la expresión "Dios de verdad", literalmente "Dios del Amén", es decir, el Dios fiel a sus promesas: "Quien desee ser bendecido en la tierra, deseará serlo en el Dios del Amén" (Is 65, 16). Nuestro Señor emplea con frecuencia el término "Amen" (cf. Mt 6, 2. 5. 16), a veces en forma duplicada (cf. Jn 5, 19) para subrayar la fiabilidad de su enseñanza, su Autoridad fundada en la Verdad de Dios.

2. EXÉGESIS

Alois Stöger

La venida del Hijo del hombre

(Lc.21,25-28)

a) Señales en el universo (Lc/21/25-26)

De las predicciones, cuyo cumplimiento se ha experimentado ya, pasa el discurso a los acontecimientos del tiempo final, que todavía están pendientes de realización. Se distingue claramente la ruina de Jerusalén y el tiempo final. Pero no se dice nada acerca de lo que han de durar los tiempos de los gentiles.

El tiempo final se anuncia con grandes acontecimientos cósmicos. Antes de que venga el Hijo del hombre, se producirá un trastorno en el universo. Se verán sacudidos sus tres grandes ámbitos, conforme a la idea de la época, que concebía el mundo dividido en tres pisos. En el firmamento se producen signos en el sol, en la luna y en las estrellas. Como se ve, Lucas no tiene gran interés en describir detalladamente estas señales, como lo hace Marcos: el sol se oscurecerá, la luna no dará ya luz, las estrellas caerán del cielo ([Mar 13:24](#)). En la tierra se verán las gentes presa de angustia y de desconcierto. El mar, sujeto por el poder de Dios ([Job 38:10](#) s), quedará abandonado a sus impulsos caóticos. Según la concepción de la antigüedad, el universo es tenido a raya, ordenado y dirigido por potencias espirituales que tienen su morada en el espacio celeste. Las potencias del cielo se verán sacudidas, por ello irrumpirá el caos sobre el universo.

Las naciones, los paganos, los hombres serán presa de angustia, quedarán sin aliento y desconcertados por el miedo y la ansiedad. «Cuando el pánico se apodere de los habitantes de la tierra, se hallarán en muchos apuros, en enormes aflicciones» (ApBar 25,3). ¿En qué podrá uno todavía apoyarse cuando se tambaleen las leyes más seguras? El suelo se hunde bajo los pies. Los hombres se preguntan qué significa esto, de qué es señal. El discípulo de Cristo conoce el significado de estos acontecimientos por la palabra de Cristo. Son señales del que ha de venir. El horizonte de las palabras se extiende al mundo entero. La humanidad está dividida en dos grandes campos: el uno -los «hombres»- se consume de pánico, el otro -los discípulos- afronta esta hora con gozosa expectativa. Sin Cristo, ansiedad; con Cristo, esperanza inquebrantable.

Las señales se presentan en palabras que tienen una antigua tradición; en una predicción sobre la ruina de Babilonia se dice: «Ved que se acerca el día de Yahveh, implacable, cólera y furor ardiente, para hacer de la tierra un desierto y exterminar a los pecadores. Las estrellas del cielo y sus luceros no darán su luz, el sol se

oscurecerá en naciendo, y la luna no hará brillar su luz» (Isa 13:9 s). En la sentencia pronunciada sobre Edom dice el mismo profeta: «La milicia de los cielos se disuelve, se enrollan los cielos como se enrolla un libro, y todo su ejército cae como caen las hojas de la vid, como caen las hojas de la higuera. La espada de Yahveh se embriaga en los cielos y va a caer sobre Edom, sobre el pueblo que ha destinado al exterminio» (Isa 34:4 s). Y en un oráculo de infortunio sobre Egipto se dice: «Al apagar tu luz velaré los cielos y oscureceré las estrellas. Cubriré de nubes el sol, y la luna no resplandecerá; todos los astros que brillan en los cielos se vestirán de luto por ti, y se extenderán las tinieblas sobre la tierra» (Eze 32:7 s). La intervención primitiva de Dios en la historia de las ciudades y de las naciones se encuadra en el marco de grandes trastornos cósmicos. (...). Tiembla el universo cuando se levanta Dios y visita la tierra. El sacudimiento del universo a la venida del Hijo del hombre sirve seguramente sólo para la representación del Hijo del hombre, al que Dios ha dado todo poder en el cielo y sobre la tierra. Cuando en su venida atraviese los espacios del universo, temblarán los poderes del cielo de respeto y sobrecogimiento. Pero las predicciones son oscuras hasta que se cumplan. (...)

b) Aparece el Hijo del hombre (Lc/21/27-28).

27 Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube con poderío y majestad.

El Hijo del hombre se hará visible. Se le podrá contemplar con los ojos. Nadie podrá sustraerse a este acontecimiento. Además, todos los que lo vean estarán seguros de que es él.

La manifestación del Hijo del hombre se pinta con imágenes procedentes de la tradición: «Vi venir en las nubes del cielo a un como hijo de hombre, que se llegó al anciano de muchos días y fue presentado a éste. Fue dado el señorío, la gloria y el imperio, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron, y su dominio es dominio eterno que no acabará nunca, y su imperio, imperio que nunca desaparecerá» (Dan 7:13 s). El Hijo del hombre viene sobre una nube; la nube es el carro de Dios. Dios mismo se manifiesta con poderío y majestad. El Hijo del hombre tiene participación en el señorío de Dios. Las imágenes transmitidas por tradición tienen por objeto representar la majestad divina de Cristo. Todas las imágenes son sencillamente un débil balbuceo en comparación con lo inefable de su grandeza. Jesús no viene ya en la debilidad de su manifestación terrena, sino en la grandeza y gloria de su exaltación. Pero ¿quién podrá hablar de ella en forma adecuada?

28 Cuando comience a suceder todo esto, tened ánimo y levantad la cabeza, porque vuestra liberación se acerca.

La Iglesia marcha encorvada como un hombre que tiene que llevar una carga pesada. Va como con la cabeza baja, como un hombre que se ve odiado, perseguido y sin honra. Cuando se inicie lo que preparará los acontecimientos finales, entonces podrán tener ánimo los creyentes. Lo que para los otros es amenaza de destrucción, para ellos significa exaltación. Sólo entonces, cuando aparezca el Hijo del hombre, cesará la Iglesia de ser una Iglesia oprimida, tentada, encorvada.

La liberación se acerca cuando aparece el Hijo del hombre glorificado. Cesan la persecución y los peligros. Se ve cumplida la esperanza antes ridiculizada y escarnecida. La Iglesia sufriente se convierte en Iglesia exultante. Lo que cantó el padre del Bautista cuando se acercaba el tiempo de salvación, puede cantarse ahora como realizado: «Bendito el Señor Dios de Israel, porque ha venido a ver a su pueblo y a traerle el rescate» (1,68).

La venida del Hijo del hombre es el día de la recolección para la Iglesia. Según Marcos, el Hijo del hombre enviará a los ángeles para que reúnan a sus escogidos desde los cuatro vientos (Mc 13.27). De ello no dice nada Lucas. El tiempo de la Iglesia entre la ascensión y la segunda venida era tiempo de misión, tiempo de recogida de los pueblos; ahora es el tiempo en el que la Iglesia reunida recibe su forma plena y su liberación definitiva.

Actitudes escatológicas (Lc.21,29-36)

a) No dejarse desorientar (21,29-33).

(...)

b) Vigilancia y sobriedad (21.34-36).

El Hijo del hombre ha de venir, aunque su venida no sea próxima y aunque se difiera el tiempo en que ha de venir. No se puede hacer como el criado infiel que decía para sí: «Mi señor está tardando en llegar» ([Luc 12:45](#)). Vendrá de improviso, rápida e inesperadamente, como un lazo en el que cae un pájaro desprevenido y demasiado confiado. Es necesario tener cuidado. Aquel día en que vendrá el Señor, es día de juicio ([Luc 17:31](#)). En él se decide el destino final. Ese día es a la vez día de liberación y día de condenación. Hay que estar prevenidos.

La crápula y la embriaguez embotan el corazón del hombre, distrayéndolo de los acontecimientos venideros; la excesiva preocupación por comer y beber enturbia la vista para no ver lo que nos aguarda. El corazón, del que provienen las decisiones morales y religiosas, tiene que mantenerse disponible para los acontecimientos finales. El que sólo se interesa por la vida terrena y sus placeres, no tiene espacio ni voluntad para pensar en «aquel día». «La noche está muy avanzada, el día se acerca. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz. Como en pleno día, caminemos con decencia: no en orgías y borracheras; no en fornicaciones ni lujurias; no en discordias ni envidias» ([Rom 13:12](#) s).

El día del juicio viene para todos. Alcanza a todos los habitantes de la tierra. Las descripciones pormenorizadas despiertan la atención. Con tales palabras anuncia el profeta Jeremías la universalidad del juicio: «Si yo, al desatar el mal, he comenzado por la ciudad en que se invoca mi nombre, ¿ibais a quedar vosotros impunes? No quedaréis, no, puesto que llamaré a la espada contra todos los moradores de la tierra» ([Jer 25:29](#)). El cristiano no puede decir: Yo soy discípulo de Cristo, ese día no puede perjudicarme. El juicio ejecutado sobre Jerusalén nos advierte del juicio final y nos pone en guardia.

36 Velad, pues, orando en todo tiempo, para que logréis escapar de todas estas cosas que han de sobrevenir, y para comparecer seguros ante el Hijo del hombre.

El Hijo del hombre ha de venir con toda seguridad. Cuando venga pedirá cuentas a los criados fieles y a los infieles ([Jer 12:41-48](#)), a los que negociaron con las minas que les habían sido confiadas y las multiplicaron, y a los que, inactivos, las guardaron sin hacerlas fructificar ([Jer 19:12-27](#)).

El cristiano debe velar a fin de estar preparado para la llegada del Señor. El Hijo del hombre ha de venir, pero nadie sabe el día ni la hora en que vendrá. «Velad, pues, porque no sabéis en qué día va a llegar vuestro Señor» (/Mt/24/42). El discípulo que tiene presentes los decisivos acontecimientos finales, no puede adormecerse. Su vida debe estar caracterizada por la vigilancia en espera del Señor y por la prontitud para recibirlo. La exhortación a estar prontos y en vela brota de lo más original, característico y decisivo del mensaje de Jesús.

A la vigilancia se asocia la oración. El que ora, está en vela para Dios, y el que está en vela religiosamente, ora. «Orad en toda ocasión en el Espíritu, y velad unánimemente con toda constancia» ([Efe 6:18](#)). En todo tiempo es necesario orar, pues nadie conoce el día y la hora¹ (*) en que vendrá el Señor. La Iglesia primitiva asoció la vigilancia y la oración con la celebración del banquete eucarístico: «Perseverad en la oración, velando en ella en la acción de gracias» ([Col 4:2](#)). En esta exhortación están reunidas las tres cosas: oración, vigilancia, banquete eucarístico. En estas vigiliass del culto cristiano se realiza la vigilancia cristiana y se imita lo que Cristo mismo hizo cuando celebró la noche pascual ([Col 22:15](#)). Cristo viene como juez. ¿Podremos escapar de todas estas cosas que han de sobrevenir? ¿Podremos librarnos de la existencia condenatoria? ¿Podremos comparecer seguros ante el Hijo del hombre? ¿Lograremos hallar en él un abogado? Mediante la vigilancia y la oración podremos afrontar el inminente juicio y comparecer seguros ante el juez.

Termina el último discurso que pronunció Jesús ante el pueblo en el templo. Las últimas palabras son: el Hijo del hombre. Se dirige a su pasión, pero volverá en calidad de Hijo del hombre. En las últimas palabras que pronuncie delante del sanedrín dirá: «Pero desde ahora, el Hijo del hombre estará sentado a la diestra del Poder

¹ Orar en todo tiempo: [Col 18:1](#); [Col 24:53](#); cf. [Rom 1:9](#) s; [1Co 1:4](#); [Efe 5:20](#); [Flp 1:3](#) s; [Col 1:3](#); [Col 4:12](#); [1Te 1:2](#) s; [2Te 1:3](#).11; [2Te 2:13](#); [Flm 1:4](#); [Hab 7:25](#); orar sin interrupción: [1Te 5:17](#); cf. [1Te 2:13](#); [2Ti 1:3](#); no ceso de orar: [Efe 1:16](#); [Col 1:9](#); noche y día: [1Te 3:10](#); [1Ti 5:5](#); [2Ti 1:3](#); cf. [Luc 2:37](#); [Luc 18:7](#); [Rev 4:8](#); [Rev 7:15](#)

de Dios» ([Lc 22:69](#)). La venida de Jesús como Hijo del hombre, al que Dios ha transmitido todo poder, es señal de que su reivindicación era justa, su mensaje verdadero, de que están garantizadas sus promesas y sus amenazas. El camino va del pueblo en el templo y de sus adversarios en el sanedrín a la pasión y a la muerte, pero ésta conduce a la gloria del Hijo del hombre. El hijo del hombre tiene la última palabra.

(STÖGER, ALOIS, *El Evangelio según San Lucas*, en *El Nuevo Testamento y su Mensaje*, Editorial Herder, Madrid, 1969)

3. COMENTARIO TEOLÓGICO

San Juan Pablo II

El Adviento

1. (...) Estamos ya acostumbrados al término “adviento”, sabemos qué significa: pero precisamente por el hecho de estar tan familiarizados con él, quizá no llegamos a captar toda la riqueza que encierra dicho concepto.

Adviento quiere decir “venida”. Por tanto, debemos preguntarnos: ¿Quién es el que viene?, y ¿para qué viene?

Enseguida encontramos la respuesta a esta pregunta. Hasta los niños saben que es Jesús quien viene para ellos y para todos los hombres. Viene una noche en Belén, nace en una gruta, que se utilizaba como establo para el ganado.

Esto lo saben los niños, lo saben también los hombres que participan de la alegría de los niños y parece que se hacen niños ellos también la noche de Navidad. Sin embargo, muchos son los interrogantes que se plantean. El hombre tiene el derecho e incluso el deber de preguntar para saber. Hay asimismo quienes dudan y parecen ajenos a la verdad que encierra la Navidad, aunque participen de su alegría.

Precisamente para esto disponemos del tiempo de Adviento, para que podamos penetrar en esta verdad esencial del cristianismo cada año de nuevo.

2. La verdad del cristianismo corresponde a dos realidades fundamentales que no podemos perder nunca de vista. Las dos están estrechamente relacionadas entre sí. Y justamente este vínculo íntimo, hasta el punto de que una realidad parece explicar la otra, es la nota característica del cristianismo. La primera realidad se llama “Dios”, y la segunda “el hombre”. El cristianismo brota de una relación particular entre Dios y el hombre. En los últimos tiempos —en especial durante el Concilio Vaticano II— se discutía mucho sobre si dicha relación es teocéntrica o antropocéntrica. Si seguimos considerando por separado los dos términos de la cuestión, jamás se obtendrá una respuesta satisfactoria a esta pregunta. De hecho el cristianismo es antropocéntrico precisamente porque es plenamente teocéntrico; y al mismo tiempo es teocéntrico gracias a su antropocentrismo singular.

Pero es cabalmente el misterio de la Encarnación el que explica por sí mismo esta relación. Y justamente por esto el cristianismo no es sólo una “religión de adviento”, sino el Adviento mismo. El cristianismo vive el misterio de la venida real de Dios hacia el hombre, y de esta realidad palpita y late constantemente. Esta es sencillamente la vida misma del cristianismo. Se trata de una realidad profunda y sencilla a un tiempo, que resulta cercana a la comprensión y sensibilidad de todos los hombres y, sobre todo, de quien sabe hacerse niño con ocasión de la noche de Navidad. No en vano dijo Jesús una vez: “Si no os volviereis y os hicieréis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mt 18, 3).

3. Para comprender hasta el fondo esta doble realidad de la que late y palpita el cristianismo, hay que remontarse hasta los comienzos mismos de la Revelación o, mejor, hasta los comienzos casi del pensamiento humano.

En los comienzos del pensar humano pueden darse concepciones diferentes; el pensar de cada individuo tiene la propia historia en su vida ya desde la infancia. Sin embargo, hablando del “comienzo” no nos proponemos tratar propiamente de la historia del pensamiento. En cambio, queremos hacer constancia de que en las bases mismas del pensar, en sus fuentes, se encuentran el concepto de “Dios” y el concepto de “hombre”. A veces están recubiertos del estrato de muchos otros conceptos distintos (sobre todo en la actual civilización, de “cosificación materialista” e incluso “tecnocrática”); pero ello no significa que aquellos conceptos no existen o no están en la base de nuestro pensar. Incluso el sistema ateo más elaborado sólo tiene sentido en el caso de que se presuponga que conoce el significado de la idea “Theos”, Dios. A este propósito la Constitución Pastoral del Vaticano II nos enseña con razón que muchas formas de ateísmo se derivan de que falta la relación adecuada con este concepto de Dios. Por ello, dichas formas son o, al menos pueden serlo, negaciones de algo o, más bien, de Algún otro que no corresponde al Dios verdadero.

4. El Adviento, en cuanto tiempo litúrgico del año eclesial, nos remonta a los comienzos de la Revelación. Y precisamente en los comienzos nos encontramos enseguida con la vinculación fundamental de estas dos realidades: Dios y el hombre.

Tomando el primer libro de la Sagrada Escritura, el Génesis, se comienza leyendo estas palabras: “Beresit bara: Al principio creó...”. Sigue luego el nombre de Dios que en este texto bíblico suena “Elohim”. Al principio creó, y el que creó es Dios. Estas tres palabras constituyen como el umbral de la Revelación. Al principio del libro del Génesis, no sólo con el nombre de “Elohim” se define a Dios; otros pasajes de este libro utilizan también el nombre de “Yavé”. Habla de Él aún más claramente el verbo “creó”. En efecto, este verbo revela a Dios, quién es Dios. Expresa su sustancia, no tanto en sí misma cuanto en relación con el mundo, o sea, con el conjunto de las criaturas sujetas a la ley del tiempo y del espacio. El complemento circunstancial “al principio”, señala a Dios como Aquel que existe antes de este principio, Aquel que no está limitado ni por el tiempo ni por el espacio, y que “crea”, es decir, que “da comienzo” a todo lo que no es Dios, lo que constituye el mundo visible e invisible (según el Génesis, el cielo y la tierra). En este contexto el verbo “creó” dice acerca de Dios, en primer lugar, que Él existe, que es, que Él es la plenitud del ser, que tal plenitud se manifiesta como Omnipotencia, y que esta Omnipotencia es a un tiempo Sabiduría y Amor. Esto es lo que nos dice de Dios la primera frase de la Sagrada Escritura. De este modo se forma en nuestro entendimiento el concepto de “Dios”, si nos queremos referir a los comienzos de la Revelación.

Sería significativo examinar la relación en que está el concepto “Dios”, tal y como lo encontramos en los comienzos de la Revelación, con el que encontramos en la base del pensar humano (incluso en el caso de la negación de Dios, es decir, del ateísmo). Pero hoy no nos proponemos desarrollar este tema.

5. En cambio, sí queremos hacer constar que en los comienzos de la Revelación —en el mismo libro del Génesis—, y ya en el primer capítulo, encontramos la verdad fundamental acerca del hombre que Dios (Elohim) crea a su “imagen y semejanza”. Leemos en él: “Díjose entonces Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza” (Gén 1, 26), y a continuación: “Creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, y los creó macho y hembra” (Gén 1, 27).

Sobre el problema del hombre volveremos el miércoles próximo. Pero hoy debemos señalar esta relación particular entre Dios y su imagen, que es el hombre.

Esta relación ilumina las bases mismas del cristianismo. Nos permite además dar una respuesta fundamental a dos preguntas: primera, ¿qué significa el Adviento?; y segunda, ¿por qué precisamente el Adviento forma parte de la sustancia misma del cristianismo?

Estas preguntas las dejo a vuestra reflexión. Volveremos sobre ellas en nuestras meditaciones futuras y más de una vez. La realidad del Adviento está llena de la más profunda verdad sobre Dios y sobre el hombre.

(SAN JUAN PABLO II, *El Adviento*, Catequesis en la Audiencia General del miércoles 29 de noviembre de 1978)

4. SANTOS PADRES

San Agustín

'Venga tu Reino'

"Si en verdad amamos a Cristo, es obvio que debemos desear su venida. Por lo tanto, es un contrasentido, e ignoro otra verdad, temer que venga aquel a quien se ama, pedir: *Venga tu Reino* (Mt 6, 10) y tener miedo de ser escuchado. Pero, ¿de dónde viene el temor? ¿Acaso, porque el que viene es Juez? Pero, ¿es acaso un juez injusto, malvado o envidioso? ¿O uno que, en definitiva, espera conocer tu causa a través de otro? Otro a quien tú colocaste y que posiblemente podría engañarte por deshonestidad, o no ser capaz de demostrar con palabras adecuadas tu inocencia, por tener poca elocuencia o una práctica insuficiente. ¡Nada de todo esto! ¿Quién es el que debe venir? ¿Por qué no te alegras? ¿Quién debe venir a juzgarte, sino el que fue juzgado por causa tuya? No temas al acusador del cual él dijo: *El príncipe de este mundo será arrojado fuera* (Jn 12, 31). No temas un mal abogado, porque ahora es tu abogado el que luego será tu juez. Estarán él, tú y tu causa. La defensa de tu causa será el testimonio de tu conciencia. Si tienes temor del futuro Juez, corrige ahora tu actual conciencia. ¿No te basta con que no pregunte por lo pasado? En aquel momento, sin darte más tiempo, te juzgará; pero ahora, ¿con cuánto tiempo te lo anticipa? En aquel momento ya no se podrá uno corregir; pero ahora, ¿quién te lo prohíbe?" (C. S. 147, 1)

"Viene Dios a juzgar la tierra y *los montes se alegrarán* (Sal 98, 8). Pero hay unos montes que al venir el Señor a juzgar la tierra, temblarán. Por lo tanto, hay montes buenos y montes malos. Montes buenos: la grandeza espiritual. Montes malos: la hinchazón de la soberbia." (C. S. 97, 9)

"Nuestro Dios y Señor es *compasivo y bondadoso, lento para enojarse, rico en misericordia y veraz* (Sal 86, 15); cuanto más abundantemente dispensa misericordia en la vida presente, tanto más rigurosamente amenaza con el juicio en la vida futura. Las palabras que dije están escritas y contenidas en las Sagradas Escrituras, porque el Señor es *compasivo y bondadoso, lento para enojarse, rico en misericordia y es veraz*. A todos los pecadores y a los que aman este mundo, mucho les agrada que el Señor sea *compasivo y bondadoso, lento para enojarse y rico en misericordia*. Pero si tanto amas su mansedumbre, teme por lo que se dice al final del versículo: *es veraz*. Sí sólo dijera: *el Señor es compasivo y bondadoso, lento para enojarse y rico en misericordia*, con ese pretexto tú ya te habrías vuelto a la seguridad, a la impunidad y al desenfreno de los pecadores; harías lo que se te antojara, te aprovecharías del mundo cuanto te lo permitieran o cuanto tu libertinaje te propusiera. Y si alguno, con un buen consejo, te reprochara y asustara para que te contuvieras del inmoderado salir corriendo detrás de tus concupiscencias y del abandono de tu Dios, tú interrumpirías las palabras de quien te reprende, con la frente alta, como si hubieras escuchado la Palabra divina, y la leyeras del libro del Señor. ¿Por qué me aterra con nuestro Dios? Él es *compasivo y bondadoso, y rico en misericordia*. Para que los hombres no hablen así, se agregó al final una palabra: *veraz*. Y así hace caer la satisfacción de los que presumen mal (la salvación), y borra el temor de los afligidos.

Alegrémonos de la misericordia del Señor, pero temamos su juicio. Él perdona, pero no calla. Calla ahora, pero no siempre callará (cf. Is 42, 14). Escúchalo, mientras hablando no calla, no sea que no puedas oírlo cuando no se calle en el juicio." (S. 9, 1)

(SAN AGUSTÍN, *Comentario a los evangelios dominicales y festivos*, Ciclo C, Religión y Cultura, Buenos Aires, 2006, p. 9 – 10)

5. APLICACIÓN

San Juan de Ávila

¡Grande es el día del Señor, y muy terrible!

Magnas enim dies Domini, et terribilis valde, et quis substinebit eum? (Ioel 2,11).

Exordio: Considerando el profeta Joel este día que todos esperamos, y creo que tememos o tenemos porqué temer, aquel riguroso día del juicio, que el Señor tiene amenazado que ha de venir; sintiendo

esto el profeta como se debe sentir y como lo sienten aquellos a quien Dios lo da a entender, dijo: *¡Grande es el día del Señor y muy terrible! ¿Quién lo sufrirá? ¿Quién lo podrá sufrir aquel peso grande de aquel día? Leo rugit*, dijo el profeta Amós, *quis non timebit? El león brama, ¿quién no temerá? Amenaza Dios, ¿quién no temblará? Sedebam solus quoniam comminatione replevisti me*, dijo el profeta Jeremías: *Sentábame solo y estaba temblando, porque, Señor, me henchiste, de amenazas.*

¿Quién será tan esforzado, tan justificado, que, metiendo la mano en su pecho, no terná mucho que temer aquel día, y, lo que más terrible es, que será tan estrecho que no podrá valer hermano a hermano, ni santo a pecador, ni la abogada de los pecadores, la Virgen nuestra Señora, no podrá remediar a nadie? Tan derecha estará la vara del juez, tan determinado estará Dios de dar a cada uno según sus obras, que ni aprovechará su sangre, ni su pasión, ni su bendita Madre. Decid: ¿es razón que nos ponga esto en cuidado para que miremos lo que nos conviene antes que nuestra vida se acabe, antes que venga este día, antes que se nos acabe la luz? Alcemos los ojos a vos ahora, Señora, que es tiempo. Alcanzarnos la gracia.

Día de cuenta estrecha; ¡Grande es el día del Señor y muy es espantable! ¿Quién lo sufrirá? Sacaréis de aqueste sermón que roguéis mucho al Señor que os libre de su ira, y desdichado del hombre que está puesto por terrero de la justicia de Dios y que emplee Dios su espada en herirlo y su justicia en castigarlo. *¿Cómo lo despedazará un león tan bravísimo! Horrendum est incidere in manus Dei viventis.* Desventurado de un hombre que ha de ser entregado en manos de la justicia de Dios. ¡Líbranos, Señor, de la tu ira!

¡Grande es el día del Señor! ¿Quién lo sufrirá? ¿Qué tan grande es? Un día es que terná en sí todos los días hasta el fin del mundo. Aquel día será suma de todo el tiempo.

Como contáis: uno, dos, tres, y, en llegando al diez, ponéis uno que contiene todos aquéllos, así en aquel día, como en suma, se ha de pedir cuenta de todos los días de la vida de todos los hombres. En aquel día se pedirá cuenta de todos los días. En aquel día se pedirá cuenta a Adán de ochocientos años, y al otro de novecientos, y al otro de ochenta, y a cada uno, de los que en este mundo vivió. ¡Grande día es aquél, o para bien o para mal! La cuenta y el norte de todos los días será aquel día. A quien en aquel día le fuere bien, bien le habrá ido en todos sus días, y a quien mal, mal le habrá ido en todos sus días. *Hace cuenta que no hay otro día sino aquél.* No os ataviéis más de para aquel día; en componeros para él gastá todos esotros días. ¡Gran día es, por que es día de cuenta de todos los días! ¡Oh qué cosa tan recia para la vida que vivimos!

Palabra recia: *día* de cuenta grande. *¡Pobre de mí!*, que decía Job. Aunque yo tenga buena cuenta y justa delante de Dios, no osaré parecer. Cuenta habemos de dar a Dios de lo que hablamos, obramos, dejamos de obrar, de lo que pensamos nosotros; hasta una palabra viciosa. ¿Quién osará creer esto, si Dios por su misma boca no lo predicara? Dolor, ¡ay! Cierto grande, porque es día de grande cuenta como aquel día ha de dar el cristiano a su Dios? Si a un hombre dan un poco de hacienda, da cuenta de cómo la gastó, pero no le toman cuento, grande, porque es día de grande cuenta. ¿Qué mayordomo de señor está obligado dar tal cuenta como aquel cristiano a su Dios? Si aun hombre dan un poca hacienda, da cuenta de cómo la gastó, pero no le toman cuenta de cómo qué habló o qué pensó en gastarla. Una mujer basta servir cada uno de cuantos aquí estamos. Cuenta de lo que pecaste tú y tus hijos, criados, vasallos y perroquianos. Cuenta de lo que pudiéades remediar y no lo remediastes. ¡Oh cuenta tan nueva!, cuando le pidan a uno: ¿Por qué juraste? —Señor, no juré. —Juró tu hijo, y porque no lo castigaste y derramaste lágrimas en mi acatamiento: « ¡Señor, hacéme bueno mi hijo, hacé que sea vuestro siervo! », por el descuido que tuviste en castigarlo y rogarme por él, porque tu hijo juró ry fue malo, serás castigado como si tú juraras.

¡Oh cuán amargas serán aquel día las riquezas superfluas, las risas, el perdimiento de tiempo! *Día grande*, porque es día de gran cuenta. ¿Quién se hallará justo en aquel día? *Omnes gressus meos dinumeraverunt*, dice Pablo. Puesto está Dios en talaya, contando todos mis pasos. —¿Qué pasos son éstos? ¿Son los pasos del cuerpo? —No; que no sería mucho ser un hombre tan cuerdo que no diese paso sin propósito.

Pero estos pasos del ánima... Y éstos, ¿quién los tendrá atados? Los movimientos, los pensamientos, los deseos; éstos son los pasos del ánima. El gozo, el enojar y no enojarse, quién terná cuenta con tantas pasiones? San Gregorio sobre este paso dice: De todo momento de momento te pedirá Dios cuenta cómo lo gastaste. ¡Desventurado de aquel que no cuenta por momentos ni por horas, ni aun por días, sino que todo el tiempo gasta perdido, y aun plega al Señor que no sea en ofensas tuyas. Todos mis pasos cuenta Dios. Todos los cabellos de vuestra cabeza, dice Cristo, son contados. Si e me sirviédes, llevar[o]s he en cuerpo y en alma al cielo, a todos enteros os galardonaré; y ansí, si fuédes malos, a todos enteros os castigaré. Y como no le quedará cosa sin galardón, no le quedará cosa sin castigo; de lo mal que hicistes, de lo mal que pensastes, de lo que mal hablaste, de todo daréis cuenta.

Cumpliré con eso, dice Dios: *scrutabor Hierusalem in lucernis*. ¿Quién es Hierusalem? El ánima pacífica, el ánima que está en gracia, que hace buenas obras. No me contentaré, dice Dios, de pedirle cuenta por qué no hiciste limosna, por qué no oísteis misa, por qué no hicisteis obras de caridad, sino que también la pediré cómo las hicisteis, con qué corazón, con qué intención rezasteis, si por provecho propio o por honra vana. Yo tomaré—Dios—una hacha—mi eterna sabiduría—y andaré por los rincones de tu alma, porque 110 muchas obras que parecen ahora de oro, serán en aquel día estimadas por de lodo, y aunque ahora no se vean, entonces se parecerá si te movió la carne o la caridad a hacerlas. Yo examinaré tus buenas obras, dice Dios a Hierusalén. Señor, ¿quién sufrirá este día de tan espantable cuenta? *Quid enim faciam cum venerit ad iudicium Deus, et cum quaesierit quid respondebo?*, decía el santo Job. ¿Qué es esto? ¿Sabréisme decir qué coscosa que mientras uno tiene peor cuenta menos cuidado tiene? ¿Quién hay entre todos nosotros tan santo que dijese de sí mismo: *non reprehendit me cor meum in tota vita mea, no me ha reprehendido mi corazón en toda mi vida?*

Que vais por Zafra y preguntad a cuantos topáredes: Decid, hermano, ¿habéis hecho algo en vuestra vida o alguna obra que os haya reprendido vuestro corazón, que os haya dicho: Mal hacéis?, que os dirán: Padre, muchas veces apenas hago cosa que no me reprehenda. ¡Qué alegre andaría Job, tan segura su conciencia, pues, de buenas obras! Él lo cuenta: *yo fui pie al cojo y ojo al ciego*, padre de los huérfanos: esto era porque cubrían los vellocinos de sus ovejas su desnudez. Y con todo esto, decía: Un cuidado traigo con mi ánima, que no me deja descansar: *¿qué haré cuando Dios se levantara al juicio, o qué le responderé?* ¡Oh palabra que condena nuestro descuido y nuestra falsa seguridad! Si los hombres que así viven están temblando, ¿qué harán los que con mil leguas no llegan a la bondad de aquéllos?

San Jerónimo bienaventurado dice que, durmiendo y comiendo y andando, siempre andaba temblando y le parecía que sonaba en sus orejas aquella voz de aquella espantable trompeta: *Levantaos, muertos, venid a juicio*. Este bienaventurado teme tanto, y un hombre que no es San Jerónimo, sino que ha bebido pecados como agua, ni sabe si ha de haber juicio, ni teme aquel día ni al juez. Pues, ¡triste de mí!, quien tiene esta señal os da cuenta que el juicio será contra vos- otros, ¿y no tembláis antes que venga? Decí: ¿Tenéis hincado este clavo en vuestro corazón, quitaos este cuidado el dormir de noche y el comer de día? Conozco yo personas a quien Dios por su misericordia quiere dar conocimiento de este día y sentimiento que les quita el sueño y la comida, y aún más adelante. Brava cosa será, aquel día que esperamos, pedir Dios cuenta tan estrecha. ¿Paréceos que debe poner esto en cuidado a un hombre? Debía de haber en aquellos tiempos algunos santillos locos, como ahora también los hay, que decían: « ¡Oh si viniese ya el juicio! », a los cuales reprehende Jeremías diciendo: *Vae desiderantibus diem Domini!* San Jerónimo, sobre estas palabras, dice: «Por santo, por justo que seas, tiembla de aquel día, que, aunque San Pablo dice: No hallo cosa en mi conciencia que me reprehenda, luego dice: *Nihil tamen mihi conscius uum; pero, con todo esto, no tengo certidumbre de mí, si estoy seguro*». Aunque tú no halles en ti cosa que te reprehenda, es justo que tiembles y pienses que quizá halla en ti aquella sabiduría infinita (que sabe más de ti que tú mismo) alguna cosa con que justamente te condene, y no la sepas tú; y por esto es muy justo que temas como los santos y los justos lo hacen.

[...]

(SAN JUAN DE ÁVILA, *Sermones del Tiempo. I Dom. De Adv.* Ed. BAC, Madrid, 1970, pag. 15-19)

Benedicto XVI

Queridos hermanos y hermanas:

La Iglesia empieza hoy un nuevo Año litúrgico, un camino que se enriquece además con el *Año de la fe*, a los 50 años de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II. El primer tiempo de este itinerario es el Adviento, formado, en el Rito Romano, por las cuatro semanas que preceden a la Navidad del Señor, esto es, el misterio de la Encarnación. La palabra «adviento» significa «llegada» o «presencia». En el mundo antiguo indicaba la visita del rey o del emperador a una provincia; en el lenguaje cristiano se refiere a la venida de Dios, a su presencia en el mundo; un misterio que envuelve por entero el cosmos y la historia, pero que conoce dos momentos culminantes: la primera y la segunda venida de Cristo. La primera es precisamente la Encarnación; la segunda el retorno glorioso al final de los tiempos. Estos dos momentos, que cronológicamente son distantes — y no se nos es dado saber cuánto—, en profundidad se tocan, porque con su muerte y resurrección Jesús ya ha realizado esa transformación del hombre y del cosmos que es la meta final de la creación. Pero antes del fin, es necesario que el Evangelio se proclame a todas las naciones, dice Jesús en el Evangelio de san Marcos (cf. 13,

10). La venida del Señor continúa; el mundo debe ser penetrado por su presencia. Y esta venida permanente del Señor en el anuncio del Evangelio requiere continuamente nuestra colaboración; y la Iglesia, que es como la Novia, la Esposa prometida del Cordero de Dios crucificado y resucitado (cf. *Ap* 21, 9), en comunión con su Señor colabora en esta venida del Señor, en la que ya comienza su retorno glorioso.

A esto nos llama hoy la Palabra de Dios, trazando la línea de conducta a seguir para estar preparados para la venida del Señor. En el Evangelio de Lucas, Jesús dice a los discípulos: «Tened cuidado de vosotros, no sea que se emboten vuestros corazones con juergas, borracheras y la inquietude de la vida... Estad despiertos en todo tiempo, rogando» (*Lc* 21, 34.36). Por lo tanto, sobriedad y oración. Y el apóstol Pablo añade la invitación a «crecer y rebosar en el amor» entre nosotros y hacia todos, para que se afiancen nuestros corazones y sean irreprochables en la santidad (cf. *1 Ts* 3, 12-13). En medio de las agitaciones del mundo, o los desiertos de la indiferencia y del materialismo, los cristianos acogen de Dios la salvación y la testimonian con un modo distinto de vivir, como una ciudad situada encima de un monte. «En aquellos días —anuncia el profeta Jeremías— Jerusalén vivirá tranquila y será llamada “El Señor es nuestra justicia”» (33, 16). La comunidad de los creyentes es signo del amor de Dios, de su justicia que está *ya* presente y operante en la historia, pero que *aún no* se ha realizado plenamente y, por ello, siempre hay que esperarla, invocarla, buscarla con paciencia y valor.

La Virgen María encarna perfectamente el espíritu de Adviento, hecho de escucha de Dios, de deseo profundo de hacer su voluntad, de alegre servicio al prójimo. Dejémonos guiar por ella, a fin de que el Dios que viene no nos encuentre cerrados o distraídos, sino que pueda, en cada uno de nosotros, extender un poco su reino de amor, de justicia y de paz.

(BENEDICTO XVI, *Ángelus*, Plaza de San Pedro, 2 de diciembre de 2012)

INFO - Homilética.ive

Función de cada sección del Boletín

Homilética se compone de 7 Secciones principales:

Textos Litúrgicos: aquí encontrará Las Lecturas del Domingo y los salmos, así como el Guion para la celebración de la Santa Misa.

Directorio Homilético: es un resumen que busca dar los elementos que ayudarían a realizar un enfoque adecuado del el evangelio y las lecturas del domingo para poder brindar una predicación más uniforme, conforme al **DIRECTORIO HOMILÉTICO** promulgado por la **Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos de la Santa Sede en el 2014**.

Exégesis: presenta un análisis exegético del evangelio del domingo, tomado de especialistas, licenciados, doctores en exégesis, así como en ocasiones de Papas o sacerdotes que se destacan por su análisis exegético del texto.

Santos Padres: esta sección busca proporcionar la interpretación de los Santos Padres de la Iglesia, así como los sermones u escritos referentes al texto del domingo propio del boletín de aquellos santos doctores de la Iglesia.

Aplicación: consta de sermones del domingo ya preparados para la predica, los cuales pueden facilitar la ilación o alguna idea para que los sacerdotes puedan aplicar en la predicación.

Ejemplos Predicables: es un recurso que permite al predicador introducir alguna reflexión u ejemplo que le permite desarrollar algún aspecto del tema propio de las lecturas del domingo analizado.

¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

El **Instituto del Verbo Encarnado** fue fundado el **25 de Marzo de 1984**, en San Rafael, Mendoza, Argentina. El 8 de Mayo de 2004 fue aprobado como instituto de vida religiosa de derecho Diocesano en Segni, Italia. Siendo su Fundador el Sacerdote Católico Carlos Miguel Buela. Nuestra familia religiosa tiene como carisma **la prolongación de la Encarnación del Verbo en todas las manifestaciones del hombre**, y como fin específico la **evangelización de la cultura**; para mejor hacerlo proporciona a los misioneros de la familia y a toda la Iglesia este servicio como una herramienta eficaz enraizada y nutrida en las sagradas escrituras y en la perenne tradición y magisterio de la única Iglesia fundada por Jesucristo, la Iglesia Católica Apostólica Romana.

Este Boletín fue enviado por: homiletica.ive@gmail.com
Provincia Ntra. Sra. de Lujan - El Chañaral 2699, San Rafael, Mendoza, 5600, Argentina
Instituto del Verbo Encarnado